

JOHN DRIVER



Convivencia radical

Espiritualidad para el siglo 21

Convivencia radical

Espiritualidad para el siglo 21

John Driver

Editado por John D. Roth
Traducido por Ruth Correa

Institute for the Study of Global Anabaptism / MWC
Goshen, Indiana



**Mennonite
World Conference**
A Community of Anabaptist
related Churches

**Congreso
Mundial Menonita**
Una Comunidad de
Iglesias Anabautistas

**Conférence
Mennonite Mondiale**
Une Communauté
d'Eglises Anabaptistes

Este libro es la selección de 2015 para el CMM *Global Anabaptist-Mennonite Shelf of Literature* (colección de literatura anabautista-menonita mundial)

Users may copy or distribute this translation in any format or medium as long as they provide clear attribution to ISGA/MWC and do not use the material for commercial purposes. Other rights reserved.

Copyright @ 2018 by the Institute for the Study of Global Anabaptism

Contenido

Prólogo por John D. Roth

Prefacio por César García

Introducción por John Driver

1. Espiritualidad Cristiana en los Evangelios
2. Una Espiritualidad del Cambio
3. Espiritualidad en el Siglo 16
4. Una Espiritualidad de Discípulo
5. Espiritualidades en Diálogo en el Siglo 21
6. Conclusión: Convivencia Radical

Respuestas de la Iglesia Anabautista Global

Mwala C. Katshinga (R. D. Congo)

Christina Asheervadam (India)

Rafael Zaracho (Paraguay)

Hermann Woelke (Uruguay)

Chiou-Lang "Paulus" Pan (Taiwán)

Patricia Urueña Barbosa (Colombia)

Nellie Mlotshwa (Zimbabue)

Prologo

«*Convivencia radical*» es la séptima publicación del *Global Anabaptist-Menonite Shelve of Literature* (colección de literatura anabautista-menonita mundial). Es una iniciativa del Congreso Mundial Menonita, el cual busca promover la conversación teológica compartida alrededor de la Fraternidad Anabautista-Menonita Mundial. Por muchos años *Good Books* bajo la dirección de Merle y Phyllis Good, sirvieron como los principales organizadores y promotores de las series. En el presente estamos felices por el apoyo de *Plough* por seguir adelante con las series.

El texto comienza con una serie de talleres guiados por Juan Driver, los cuales están dirigidos a pastores y líderes de iglesias de Latinoamérica, un contexto profundamente influenciado por el pentecostalismo. El libro que surgió de esos talleres, «*Convivencia radical*»: espiritualidad para el siglo 21 (Kairos, 2007), reflejó un profundo respeto por los aportes del movimiento pentecostal, ofreciendo a la vez un eco distintivo moldeado por la perspectiva teológica anabautista en relación al trabajo del Espíritu Santo.

En el 2014 los secretarios de las distintas comisiones del CMM propusieron que la versión en inglés del libro (publicado en una edición limitada en 2011) fuera revisada e incluida en el *Global Anabaptist-Menonite Shelve of Literature* (colección de literatura anabautista-menonita mundial). Desde entonces hemos simplificado los textos en ciertas partes y agregado algunas preguntas de estudio; también

hemos invitado a varios líderes de la Iglesia Anabautista-Menonita Global a dar una reacción al libro. Ahora nos complace ofrecer la nueva versión revisada a un número mayor de lectores.

Juan Driver es muy bien conocido por la profundidad y claridad de sus enseñanzas en el contexto de habla hispana. Es también ampliamente reconocido como una persona cuya vida (simple, generosa, con espíritu de gracia y evidente amor hacia el pueblo de Dios) encarna el mensaje de sus enseñanzas. En este sentido Driver refleja con su vida personal lo que anhela para la iglesia. Esto es, que la iglesia sea un testimonio de la presencia viva del Espíritu y que se la reconozcan no solo porque *tiene* un mensaje, sino porque la calidad de vida en comunidad dentro de la iglesia *es* un mensaje por sí misma.

Si el Espíritu del Dios viviente no encuentra una expresión tangible en el cuerpo de Cristo (si las buenas nuevas del evangelio no son evidentes en la transformación de las relaciones) es porque la iglesia está fundada sobre un cimiento de arena.

Además de expresar nuestro profundo agradecimiento a Driver, reconocemos también con mucho placer el role muy importante que Steve Slagel, *Greencroft Communities* (Goshen, IN) y el *Institute for Study of Global Anabaptist* (Instituto de estudio del anabautismo mundial) (*Goshen College*) tuvieron en la traducción y publicación inicial del libro. De la misma forma estamos agradecidos a Timothy J. Keiderling por su colaboración en las preguntas de estudio. La traducción del ensayo escrito por Mvwala C. Katshinga,

fue traducido por Tim y Suzanne Lind. Los textos escritos por Cesar García, Herman Woelke y Patricia Urueña fueron traducidos por Elizabeth Miller; Phyllis Good y Elizabeth Miller colaboraron con la edición.

Que este texto anime a los cristianos de todo tipo de trasfondo, en todas partes del mundo, a adoptar una nueva comprensión del Espíritu en toda su plenitud; de tal modo que el cuerpo de Cristo sea realmente visible en el mundo de hoy. Y que todo aquel que tenga un encuentro con ese Espíritu sea transformado en todos los aspectos de su vida.

John D. Roth

Secretario de la Comisión Fe y Vida del

Congreso Mundial Menonita.

Prefacio

Una de mis primeras memorias de un culto de adoración es la de una noche de campaña evangelística pentecostal en Bogotá. Mi madre, quien había conocido a Cristo a través de una iglesia de la misma tradición, confiaba que este encuentro – que anunciaba sanación y milagros - sería la oportunidad para que mis pies planos tomaran forma normal y así poder finalmente caminar sin necesidad de mis zapatos ortopédicos.

Esa noche, a mi corta edad - tendría unos seis años en esa época - con lágrimas en mis ojos, miré a mi madre y le dije que yo creía que Dios me había sanado. Desde ese momento nunca más tuve la necesidad de usar zapatos ortopédicos otra vez. ¡Dios había obrado en mí uno de los tres milagros de sanación que he experimentado hasta ahora! A pesar de que los dos milagros siguientes los he experimentado en edad adulta y en contextos de culto de adoración anabautista, la influencia espiritual pentecostal ha dejado un impacto indeleble en mí, desde mis primeros años en la fe. Muchos son los recuerdos que dan cuenta de ese periodo de intimidad con el Espíritu.

En otros contextos he identificado ciertos peligros que encuentro en los enfoques pentecostales que no considero sanos - la tendencia hacia el individualismo, por ejemplo, o el materialismo presente en el supuesto evangelio de la prosperidad. Sin embargo, es innegable que la

espiritualidad pentecostal ha tenido un impacto positivo en muchas congregaciones anabautistas hoy.¹

Sin embargo, la espiritualidad pentecostal no ha sido el único tipo de espiritualidad que se ha cruzado con el anabautismo en el siglo 21. La espiritualidad de la *Taizé Community* (Comunidad EcuMénica Taizé) y otras comunidades de tradición católica romana son también valoradas por las comunidades anabautistas en diferentes partes del mundo hoy en día. Como ejemplo solo necesitamos mencionar el impacto que autores como Thomas Merton y Henri Nouwen han tenido en muchos de nosotros.

Como lo explica Dorothee Soelle,² la espiritualidad implica tener experiencias personales, tanto individuales como comunitarias, las cuales, arraigadas en la fe, abarcan las emociones humanas y por lo tanto son inherentemente subjetivas. En medio de las múltiples variedades de espiritualidad moderna, ¿cómo podemos discernir cuáles son los elementos que están en armonía o son de apoyo para nuestra comprensión de lo que es la vida en el Espíritu desde nuestra tradición anabautista?

El Congreso Mundial Menonita no está llamado a juzgar la validez de las experiencias personales en el campo de la espiritualidad. Pero uno de los propósitos del CMM es

1. Véase "A Vision for Global Mission Amidst Shifting Realities," *Anabaptist Witness* 1:1 (2014) y "The Relevance, Validity, and Urgency of Anabaptism for Our Time: Contemporary Ecclesiological Currents in Latin American Christianity," *The Mennonite Quarterly Review* 83: 4 (Oct. 2014), 451-478.

2. Dorothee Soelle, *The Silent Cry: Mysticism and Resistance* (Minneapolis: Fortress Press, 2001).

fortalecer nuestra identidad anabautista de tal manera que descansen sobre los hombros de nuestros antepasados de la fe y que a la vez que sea de naturaleza global, multicultural e inter-ecclesial. Por esta razón el CMM ha abierto espacios de diálogo donde las iglesias miembros pueden experimentar comunión, interdependencia, solidaridad y responsabilidad unas con otras. Uno de estos espacios es el «*Global Anabaptist-Mennonite Shelf of Literature*» (Colección de literatura anabautista-menonita mundial), donde el CMM periódicamente selecciona y prepara un libro destinado a fortalecer a las iglesias miembros en su fe cristiana en común.

Es en este marco es que presentamos «*Convivencia radical: espiritualidad para el siglo 21*» por Juan Driver. En este libro el autor nos invita a dar testimonio de una espiritualidad que abarca todos los aspectos de nuestras vidas - una espiritualidad basada en seguir a Cristo y adoptar un conjunto distinto de actitudes, valores y acciones delante del mundo. Esta forma de espiritualidad no se mide a base de riquezas materiales. Tampoco es individualista. Más bien la espiritualidad descrita por Driver se experimenta ante todo en comunidad e implica la santificación de las relaciones interpersonales. Enraizado en las Escrituras y en el anabautismo del siglo 16, Driver nos recuerda que nuestros antepasados han demostrado la verdad de la regeneración recibida por gracia y expresada en la integración de fe y trabajo, de servicio y testimonio, lo personal y lo comunal.

En este sentido Driver no menosprecia otros tipos de espiritualidad que pudieran ayudar a enriquecernos en el presente. Más bien nos invita a valorar la riqueza de nuestra tradición anabautista con la esperanza de que, incluso mientras entablamos diálogo con otras tradiciones, «continuemos bebiendo de nuestra propia fuente».

El CMM ofrece este texto - enriquecido con preguntas de estudio y con las reacciones de compañeros de diálogos de diferentes culturas y tradiciones anabautistas - a nuestra familia global con la esperanza que la espiritualidad anabautista continuará desarrollándose en nuestro tiempo en forma consistente con nuestra tradición teológica y con un profundo respeto y admiración hacia las contribuciones que otras tradiciones pueden darnos.

Hace casi 500 años que Menno Simons afirmó:

La verdadera fe evangélica es de una naturaleza que no puede estar inactiva, por el contrario se esparce en todas las formas de virtudes y frutos de amor... viste al que está desnudo; alimenta al hambriento; conforta al afligido; da refugio al indigente, ayuda y consuela al que está triste; busca a los que están perdidos; recoge al herido; sana al enfermo.

Que el Espíritu nos guíe a creer en este tipo de espiritualidad - ¡una espiritualidad profunda, relevante y desafiante para nuestro tiempo!

César García

Secretario general del Congreso Mundial Menonita

Bogotá, Colombia

Introducción

A partir de las últimas décadas del siglo 20, y en lo que va del siglo 21, el tema de la espiritualidad cristiana ha vuelto a ocupar un lugar más destacado en el pensamiento protestante. Pero no siempre ha sido así.

Los evangélicos sólo habíamos oído sobre aquella espiritualidad católica cuyos mejores representantes eran los monjes trapenses o las monjitas de claustro, u otras de las muchas órdenes religiosas de la iglesia católica. Con el rechazo protestante de las órdenes católicas en la Reforma del siglo 16, hemos tendido a menospreciar —o a rechazar por completo— éstas y otras expresiones similares de espiritualidad.

En cambio, hablábamos en términos de «vida devocional» para referirnos a las actividades destinadas a cultivar en «nuestra alma» las dimensiones interiores e invisibles de nuestra fe. Percibíamos a la espiritualidad como una especie de energía potente, pero invisible, que servía de apoyo y de ánimo para nuestra vida cristiano en el mundo.

No solamente ha predominado este concepto interior y espiritualizante de la espiritualidad. En los últimos siglos la espiritualidad protestante ha tendido a ser también fundamentalmente individualista y privatizante. Aún la espiritualidad congregacional —expresada en la oración común, el estudio bíblico y el culto— ha tendido a orientarse hacia la edificación de los miembros

individualmente, en lugar integrarlos en la convivencia y misión corporativas de una auténtica comunidad de fe.

Sin embargo, la espiritualidad de los primeros discípulos de Jesús involucraba todos los aspectos de la vida. Para comprender la espiritualidad a la luz de la Biblia será necesario superar esas falsas dicotomías que nos dividen en dos segmentos: la parte espiritual, interior y ultramundana, y la parte material, exterior y mundana. La espiritualidad cristiana no consiste de una vida contemplación en lugar de acción, ni del retiro en contraste con una plena participación en la sociedad. Se trata, más bien, de que todas las dimensiones de la vida estén orientadas y animadas por el Espíritu de Jesús mismo.

Por eso dedicamos los dos primeros capítulos de este libro a un repaso de la espiritualidad cristiana del primer siglo. Allí encontramos una espiritualidad holística de seguimiento de Jesús, bajo el impulso de su Espíritu y en el contexto de la convivencia radical de la fe en la comunidad mesiánica. Es una espiritualidad profundamente enraizada en la gracia de Dios, nutrida y compartida en la convivencia de la comunidad de fe, y encarnada en la misión de Dios en el mundo.

Luego, en los capítulos siguientes, describimos los rasgos que caracterizaban a la espiritualidad anabautista del siglo 16. El movimiento es sólo uno entre los muchos movimientos de reforma radical que fueron surgiendo a lo largo de la historia cristiana. Orientados en sus raíces hacia Jesús y la comunidad cristiana primitiva del primer siglo, estos movimientos han recuperado de forma notable —en

sus propias vivencias y en sus propios contextos históricos— espiritualidades notablemente similares a las que caracterizaban a las comunidades cristianas del primer siglo. Una lista de estos movimientos incluiría grupos tan diversos como los valdenses y los franciscanos de los siglos 12 y 13, los quáqueros del siglo 17, los pentecostales clásicos de los comienzos del siglo 20, y las comunidades eclesiales de base de la generación pasada, y muchos más.

Finalmente, concluimos nuestro breve estudio con un capítulo destinado a reflexionar en torno a las posibilidades de diálogo ecuménico entre distintas espiritualidades del siglo 21 —con diversas visiones, vivencias y convicciones—, en especial, entre la espiritualidad anabautista y otras espiritualidades cristianas. Tenemos la obligación de practicar constantemente el diálogo fraterno ecuménico con cristiano de otras tradiciones. Rechazamos la idea falsa de que la apostasía o la herejía son permanentes o hereditarias: del mismo modo que la fe auténtica no se hereda, tampoco se hereda automáticamente la herejía. Por lo tanto, debemos dialogar con cristianos que han vivido otra historia y que tienen otras maneras de pensar y actuar, aún cuando en otros lugares y en otras épocas sus antepasados pueden haber perseguido a nuestros antepasados espirituales.

Preguntas de Estudio

1. ¿Cuál es tu percepción de las formas de espiritualidad católica? ¿Por qué los anabautista la rechazaban con frecuencia?

2. ¿Cuál ha sido nuestra concepción anabautista de espiritualidad, en contraste a lo que el autor llama «católica»? ¿Qué es lo más importante acerca de la espiritualidad anabautista?

3. De acuerdo con el autor, ¿cómo difiere la espiritualidad de los discípulos de Jesús de la forma en que los protestantes han entendido la espiritualidad?

4. ¿Qué tienen en común los anabautistas con otros movimientos cristianos radicales que han surgido desde los tiempos de Jesús?

5. ¿Por qué las iglesias –o los creyentes de otras denominaciones- debieran mantenerse en diálogo los unos con los otros? ¿Qué es lo más importante acerca del diálogo cristiano?

Espiritualidad Cristiana en los Evangelios

Como lo expresamos en las palabras introductorias, la espiritualidad de los discípulos de Jesús involucraba todos los aspectos de la vida. Los términos bíblicos «carne» y «espíritu» no se refieren a dos dimensiones de nuestra vida, una exterior y otra interior, sino a dos maneras de vivir, dos orientaciones, dos estilos de vida. Ser «espirituales» implica vivir todo aspecto de la vida inspirados y orientados por el Espíritu de Cristo. Ser «carnales» significa orientarse por otro espíritu.

La comunidad de fe en que participaba Teresa de Calcuta es un ejemplo de esta clase de espiritualidad. Tocar a los intocables era —para ella— tocar el cuerpo de Cristo, y amar de esta manera desinteresada era orar. No se deja de orar para servir, ni tampoco se deja de servir para orar. La auténtica espiritualidad lo abarca todo.³

Ésta es la misma visión que hallamos reflejada en Mateo 25 donde las naciones van a ser juzgadas de acuerdo a su respuesta a los necesitados de alimento, los extranjeros (inmigrantes indocumentados en medio de ellos), los pobres, los enfermos, los que están en las cárceles y los rechazados en sus tierras. Para sorpresa de todos, Jesús recuerda a sus oyentes diciendo, «cuanto lo hicisteis a uno

3. Citado en David J. Bosch, *A Spirituality of the Road*, Herald Press, Scottdale, 1979, pp. 12-13.

de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mat. 25.40).

Hacia la esencia de una espiritualidad cristiana

La cruz de Jesús es el modelo más claro de una espiritualidad auténticamente cristiana, inspirada en las enseñanzas del Nuevo Testamento de la Biblia. Es, a la vez, signo de identificación absoluta con Dios y también de solidaridad total con el mundo. En la cruz se refleja con más claridad el Espíritu de Jesús y la espiritualidad que sus discípulos habrían de asumir.

La cruz es la oración intercesora más elocuente al Padre a favor del mundo y, al mismo tiempo, es también la respuesta más enérgica y convincente de Dios a los poderes rebeldes del mal. Por lo tanto, en la cruz de Jesús —y en la que asumimos sus seguidores— encontramos la esencia de la espiritualidad cristiana.

La espiritualidad cristiana puede definirse como el proceso de seguimiento de Jesucristo bajo el impulso del Espíritu en el contexto de una convivencia radical de la fe en la comunidad mesiánica. Este proceso conduce a una creciente solidaridad con Jesucristo: los cristianos nos identificamos con el vivir y el morir de Jesús. El símbolo de este vivir, morir y resucitar del seguidor de Jesús es el bautismo, a través del cual somos iniciados en la espiritualidad cristiana (Ro 6.4). Esta espiritualidad se caracteriza por el seguimiento del Jesús histórico dentro de nuestro propio contexto histórico. Este seguimiento es

impulsado por el Espíritu de Jesús mismo, otorgado a sus seguidores.

Es una espiritualidad del camino.

Características bíblicas de una espiritualidad cristiana

Las siguientes descripciones que hace el Nuevo Testamento acerca de la espiritualidad ofrecen pautas para evaluar la autenticidad de una espiritualidad cristiana particular.⁴

1. *Una espiritualidad cristiana se basa en la promesa divina.* El Dios de la Biblia es el que promete salvar a su pueblo, liberándolo de los poderes del mal. Ninguna realización histórica agota toda la promesa divina. Saludamos, con acciones de gracias, todos los signos y los cambios claramente alineados la dirección del Reino de Dios. Sin embargo, para los cristianos son expresiones históricas provisionarias, pues aún esperamos el advenimiento definitivo del reino. Nuestro seguimiento de Jesús debe ser siempre un anticipo del Reino que viene.

2. *Esta espiritualidad también se expresa en la esperanza,* y consiste en creer en aquello que parece ser imposible: la reconciliación de los seres humanos entre sí y con Dios en una convivencia radical caracterizada por la justicia y la paz. Por eso el gozo es característica fundamental de la comunidad mesiánica, la cual confía más en el poder de

4. Segundo Galilea, *El camino de la espiritualidad*, Buenos Aires, Paulinas, 1982, pp. 41-44.

Dios que en sus propias posibilidades. Esta esperanza gozosa otorga a los discípulos de Jesús esa seguridad y confianza necesarias para vivir —contra la corriente— los valores propios del Reino de Dios. En la economía de Dios no se echará a perder ningún esfuerzo que corresponda al reino de Dios y su justicia (Heb 1.11ss; Ro 5.4ss.).

3. *Una espiritualidad evangélica implica solidaridad con el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús.* De la misma forma en que Jesús vivió y murió, «el justo por los injustos», así también la salvación de los opresores vendrá mediante las acciones y el sufrimiento de los oprimidos. La experiencia del pueblo mesiánico ha sido que la salvación sólo viene a través del sufrimiento vicario de Jesús. Pero aunque confesamos que la muerte y la resurrección de Jesús han sido únicas en su virtud salvífica, no son exclusivas: los discípulos de Jesús seguimos padeciendo «lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo» (Col 1.24).

4. *Según el Nuevo Testamento, la finalidad de la obra salvífica de Cristo es la restauración de la comunión entre la humanidad alienada y Dios.* La restauración de relaciones fraternales en la familia de Dios requiere la transformación de hombres y mujeres egoístas en hermanos y hermanas caracterizados por la convivencia radical del amor. Esta comunión se experimenta donde los bienes se comparten para el bienestar común y donde la autoridad se expresa en el servicio mutuo (Mt 20.25-28; Hch 2.43-45; 4.32-35). Tanto el ejemplo de Jesús, como el de la comunidad cristiana primitiva señalan que la comunión auténtica se caracteriza

por aproximaciones radicalmente nuevas a cuestiones como el ejercicio del poder político y económico.

5. *La convivencia radical del amor caracteriza a toda espiritualidad auténticamente cristiana.* No sólo es cuestión de no hacer mal al prójimo sino también de buscar su bien. Amar como Dios nos ha amado en Cristo implica ofrecer la vida por los hermanos en formas concretas (1 Jn 3.16-17). El amor de Dios es más que el amor que Dios tiene para con nosotros; también es más que el amor que debemos tener hacia Dios. En el fondo, es amar *tal como* Dios ama; es estar dispuesto a jugarse la vida por el prójimo, en un acto heroico y desprendido o en el largo proceso de ir poniendo la vida poco a poco en las relaciones rutinarias de todos los días.

Una espiritualidad enraizada en el Dios de la gracia

La espiritualidad cristiana está enraizada en el Dios de la gracia que Jesús ha revelado con toda claridad. Es a través del Jesús de la historia, y de su Espíritu, que conocemos mejor al Padre, pues Jesús «es la imagen del Dios invisible» (Col 1.15). En lugar de especular sobre la naturaleza divina de Jesús —en base a lo que la teología sistemática tradicional nos ha dicho sobre los atributos de Dios— mejor sería proceder como la iglesia del primer siglo: conocer al Dios invisible mediante la vida que Jesús vivió delante de sus ojos.

El Dios de la auténtica espiritualidad cristiana es el que ha tomado la iniciativa en nuestra liberación. Él nos amó

primero. En realidad, Dios siempre ha sido así. El pueblo de Dios fue redimido de Egipto mediante la iniciativa misericordiosa de Dios. Algunos protestantes clásicos sostienen que el Antiguo Testamento se caracteriza por ley y obras, y el Nuevo Testamento por la gracia y el evangelio. Pero, en realidad, Israel fue salvado por la gracia y al pueblo del Nuevo Pacto se le invita también a vivir según la «ley de Cristo».

Siempre ha sido la intención de Dios formar un pueblo a su imagen, que lleve su nombre. Y Jesús, no sólo nos enseña cómo es Dios sino que también es la perfecta imagen de lo que Dios siempre ha querido que la humanidad sea. Este proyecto de Dios, que apunta a la restauración de la creación entera a su propósito prístino, culminará en el restablecimiento de su reinado de justicia y paz. Una auténtica espiritualidad cristiana se identifica con este proyecto y participa en su proceso salvífico.

Los poderes del mal y los valores predominantes de nuestro mundo conspiran para deformar la imagen auténtica de Dios, tal como Jesús la ha revelado. Creamos ídolos que ocupan el lugar de Dios y a los cuales dedicamos nuestro tiempo y nuestras energías; ellos exigen nuestra lealtad. Pero el Dios de Abraham, de Moisés y de los profetas es el que obra en la historia para liberar a su pueblo de estos falsos dioses y de las falsas lealtades esclavizantes de toda índole. Dios ha obrado muy especialmente a través de su Mesías, en quien este proceso de revelación progresiva llega a su culminación: «Nadie conoce [...] al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar»

(Lc 10.22). Éste es un Dios verdaderamente diferente, y sólo una espiritualidad auténticamente cristiana será capaz de experimentarlo y comunicarlo sin tergiversaciones ni deformaciones.

Una espiritualidad del seguimiento de Jesús

Ya que Dios se nos ha revelado de forma única y plena en Jesús, entonces el modo de conocerlo es seguir a Jesucristo (Heb 1.1-3). Hans Denck, el reformador radical del siglo 16, decía que «nadie puede conocer en verdad a Jesús, a menos que le siga en la vida»: una convicción que muchos compartimos. Por esto, el seguimiento concreto de Jesús es, sin duda, el elemento más fundamental de una auténtica espiritualidad cristiana.

Segundo Galilea lo ha expresado de esta manera:

La originalidad y la autenticidad de la espiritualidad cristiana consisten en que seguimos a un Dios que asumió la condición humana, que tuvo una historia como la nuestra, que vivió nuestras experiencias, que hizo opciones; que se entregó a una causa por la cual sufrió, tuvo éxitos, alegrías y fracasos, y por la cual entregó su vida. Ese hombre, Jesús de Nazaret, igual a nosotros menos en el pecado, en el cual habitaba la plenitud de Dios, es modelo único de nuestra vida humana y cristiana.⁵

5. Ibid., p. 59.

Pero tradicionalmente no se ha pensado así. Tanto la espiritualidad católica como la protestante clásica han tendido a concebir a Jesús como deidad a ser adorada, como sacrificio propiciatorio para aplacar la ira divina y como juez que viene, pero raramente como Señor a ser seguido en la vida. Esto ha contribuido a la formación de una espiritualidad interior, espiritualizada y ultramundana.

Según la visión del Nuevo Testamento, las palabras, los hechos, los ideales y las exigencias de Jesús de Nazaret son el único camino para conocer a Dios (Jn 14.5-11). Jesús nos revela al Dios verdadero, poderoso en su amor sufriente y compasivo. En Jesús descubrimos los valores del Reino de Dios y un modelo de vida. No se trata de una imitación pormenorizada —como, por ejemplo, calzar sandalias, trabajar de carpintero o permanecer célibe— sino de seguirle mediante una identificación con sus actitudes, su Espíritu, sus valores, su manera de ser y de hacer.

La espiritualidad cristiana tiene que ver muy especialmente con la forma en que tomamos las actitudes, el Espíritu, los hechos y las palabras de Jesús para desarrollar formas concretas de nuestro seguimiento a él en la actualidad.

Uno de los mejores compendios de la espiritualidad del Reino de Dios que Jesús inauguró la tenemos en las Bienaventuranzas de Mateo 5. Son una síntesis del Sermón del Monte y de los valores espirituales que Jesús enseñó y encarnó. Sin embargo, en los siglos posteriores, la iglesia les asignó a las enseñanzas del Sermón del Monte un carácter utópico, y sus valores fueron concebidos como «consejos de

perfección», aptos para aquellos que tomarían la vida cristiana realmente en serio, tal como era el caso de los religiosos. Pero en la iglesia primitiva empleaba las Bienaventuranzas para la instrucción de nuevos discípulos, de modo que seguramente habrá esperado que estos valores caracterizaran la espiritualidad de todos los creyentes. La forma en que estos valores han influido sobre la espiritualidad reflejada a través de todo el Nuevo Testamento indicaría que las Bienaventuranzas no fueron vistas como ideales inalcanzables.

Las Bienaventuranzas son de carácter profético y siempre habrá tensión entre la espiritualidad reflejada en ellas y la vivencia y la comprensión de las iglesias. Estos valores chocan contra las inclinaciones humanas; hay un elemento de escándalo en el evangelio con su concepto de misericordia y de perdón, de no violencia, de castidad y de pobreza espiritual. Siempre será así, porque son los valores que caracterizan el Reino de Dios, y se viven sólo bajo el impulso del Espíritu del Rey.

Las Bienaventuranzas resumen la dicha del Reino: constituyen los fundamentos de la espiritualidad de la comunidad del Mesías y presuponen la convivencia comunitaria del Reino, más bien que esfuerzos heroicos particulares. Esta espiritualidad de las Bienaventuranzas es una buena noticia en el sentido esencial del término «evangelio». Las ocho bienaventuranzas en Mateo 5 describen la espiritualidad mesiánica de una forma global. No son meras virtudes espirituales aisladas ofrecidas a los discípulos para su elección según sus preferencias

personales. Todas apuntan a esa espiritualidad integral que caracteriza el Reino mesiánico:

1. «*Bienaventurados los pobres de espíritu...*» La pobreza de espíritu es fundamental para toda espiritualidad cristiana. Se trata de la bienaventuranza de la condición espiritual de ser niño en la familia del Padre. Es esa actitud de dependencia absoluta en Dios, tanto para su providencia como para su protección. Es esa relación de confianza íntima en Dios que Jesús mismo encarnó al llamarle *Abba* al Padre, y al enseñarles a sus discípulos a hacer lo mismo. Pero los Evangelios no permiten una espiritualización de esta pobreza, ya que convivir en una dependencia radical de la providencia de Dios corta en su raíz todas esas actitudes y prácticas materialistas idolátricas. «Elegir ser pobres» (Nueva Biblia Española) en un mundo orientado en la dirección contraria implica asumir la solidaridad con Jesucristo y su espíritu de pobreza que él asumió concretamente en su misión en el mundo.

2. «*Bienaventurados los que lloran...*» Vivir los valores del Reino en medio del mundo será motivo de solidaridad en el dolor. Implicará una profunda *simpatía* (literalmente «sufrir con») por los que sufren, asumiendo el sufrimiento a favor de los semejantes. El sufrimiento inocente y vicario es absolutamente central para una espiritualidad auténticamente cristiana. En los profetas del Antiguo Testamento ya se vislumbraba la virtud salvífica que se radicaba en el sufrimiento inocente asumido a favor de

otros, y en Jesús encontramos la máxima expresión de esta realidad. Nuestra identificación con Cristo y nuestra solidaridad con nuestros semejantes que sufren de todo tipo de complejas consecuencias del mal requieren que asumamos la cruz a favor del opresor, sabiendo —con la seguridad que nos imparte la resurrección de Cristo— que el sufrimiento inocente y vicario no será inútil en el proyecto salvífico de Dios.

3. *«Bienaventurados los mansos...»* La mansedumbre está íntimamente relacionada con pobreza de espíritu: incluye la capacidad y la fortaleza para aguantar frente al mal, sin ceder a sus reclamos. Es la capacidad para resistir tenazmente al mal, sin violentar al malhechor. Esta mansedumbre se fundamenta totalmente en la esperanza y la confianza en Dios. El manso es el que realmente cree que mal será vencido por el bien. Implica renunciar a la venganza y a todas las otras formas de violencia y prepotencia. Es saber luchar contra el mal con «manos limpias» y «corazón puro». Es renunciar a la violencia en la lucha por la justicia. Lejos de ser una estrategia ineficaz, es realmente la estrategia de la cruz, encarnada en forma única por Jesús.

4. *«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...»* La justicia bíblica incluye relaciones sanas con Dios y entre los seres humanos en el contexto de un pueblo que depende de la actividad salvífica de Dios, tanto para su convivencia como para su supervivencia. La justicia abarca las relaciones

humanas en todas sus dimensiones, y depende de la fidelidad de Dios de su comunidad en todas sus relaciones. Esta justicia se experimenta sólo en el contexto del reinado de Dios.

Justicia bíblica, en contraste con lo que generalmente es llamado justicia retributiva, consiste en dar a las personas lo que *necesitan* en lugar de lo que se *merecen*, sea esto un castigo o un premio. Por esta razón, leemos y releemos las Escrituras acerca de la justicia de Dios para las viudas y los huérfanos, para los extranjeros y para los pobres y oprimidos. La espiritualidad auténticamente cristiana se expresa mediante nuestra participación en la actividad salvífica de Dios, que conduce a condiciones de justicia entre los humanos. En esta comunidad de salvación los anhelos más ardientes de justicia serán saciados.

5. «*Bienaventurados los misericordiosos...*» En el ejercicio de la misericordia nos asemejamos a Dios. La parábola del Buen Samaritano nos ofrece un ejemplo concreto de una espiritualidad caracterizada por la misericordia. En la medida en que seamos capaces de mostrar misericordia estaremos en condiciones de recibir la misericordia de Dios. En los Evangelios, misericordia significa, en primer instancia, perdonar de corazón, de la misma manera en que Dios perdona (Mt 18.35). Y en segundo lugar, ser misericordioso es ayudar al afligido y al menesteroso. Los límites de la misericordia no están en quien la ejerce sino en la capacidad del semejante para recibirla. Lo que Jesús nos ha enseñado en relación con la misericordia subraya el

hecho de que la espiritualidad cristiana se caracteriza por su disposición pródiga de perdonar.

6. «*Bienaventurados los de corazón puro...*» La naturaleza de la pureza de corazón que caracteriza toda espiritualidad cristiana probablemente se comprende mejor a la luz del Salmo 24.3-6.

«¿Quién subirá al monte de Señor? [...] El limpio de manos y puro de corazón; él que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. El recibirá bendición de Señor». La pureza de corazón tiene que ver con la integridad y la fidelidad. En la espiritualidad bíblica hay una estrecha relación entre la actitud interior (puro de corazón) y la práctica externa (limpio de manos). Contemplar, o conocer a Dios implica obedecerle y acompañarle en su actividad salvífica, sin lealtades divididas ni acciones equívocas.

7. «*Bienaventurados los pacificadores...*» Los que trabajan por la paz son hijos de Dios, muy especialmente en el sentido en que se asemejan a la forma de actuar de su Padre. El Dios de la Biblia es el que no se cansa en sus esfuerzos para restaurar las condiciones de *shalom* en toda su creación estropeada por el mal. La restauración de condiciones de paz y la reconciliación de los enemigos de Dios ocuparon la atención de Jesús durante su vida y también en su muerte. Las actividades orientadas a restaurar el *shalom* caracterizan toda espiritualidad genuinamente cristiana.

8. «*Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia...*» En el sufrimiento inocente del pueblo de Dios se sintetizan todas Bienaventuranzas. La espiritualidad aquí reflejada va contra la corriente predominante, no sólo en nuestro tiempo sino en todas las épocas de la historia. La persecución por causa de la justicia era la suerte esperada de los profetas, fue la experiencia de Jesús y será siempre la suerte de la comunidad de Cristo en cuanto sea fiel en el cumplimiento de la misión de su Señor. Bíblicamente el testimonio incluye el martirio (testimonio – *marturía*, en griego). Cuando recordamos que hay más mártires en nuestra época que en cualquier otra época anterior nos damos cuenta de la actualidad no sólo de esta bienaventuranza sino de todas para una espiritualidad cristiana para nuestro tiempo, sobre todo en América Latina y el Caribe. Las fuerzas de muerte que son contrarias a Dios y que se oponen a su proyecto de vida —caracterizado por la paz, la justicia y la salvación— hacen que la espiritualidad del pueblo de Dios sea contra corriente.

La espiritualidad de las Bienaventuranzas no es un ideal inalcanzable sino que refleja con notable realismo el Espíritu, los hechos y las palabras de Jesús de Nazaret. Son los valores que caracterizaban, en gran medida, la convivencia radical de la comunidad mesiánica del primer siglo. El seguimiento de Jesús no es un ejercicio puramente espiritual en el sentido de ser interior e invisible: es un discipulado concreto que se expresa en las actitudes y las acciones contenidas en las Bienaventuranzas.

Preguntas de Estudio para el Capítulo 1

1. ¿Cómo entendieron los cristianos del primer siglo los términos «carne» y «carnal» vs. «espíritu» y «espiritual»? ¿Por qué tendemos a ver lo físico y lo espiritual como dimensiones separadas de la vida?

2. ¿Cuál es la importancia de la cruz? ¿De qué modo la cruz y la manera en que Jesús murió son un ejemplo para aquellos que creemos en Él?

3. ¿Cuál debería ser nuestra actitud acerca del futuro y el reino venidero de Dios? ¿Qué significa la venida del reino de Dios para nuestras vidas?

4. ¿Qué dice el Nuevo Testamento acerca de cómo los creyentes deberían relacionarse unos con otros? ¿Cómo deberían enfocar los cristianos el compañerismo los unos con los otros?

5. ¿Por qué los cristianos a menudo piensan en Jesús solamente como «el Juez que debe ser adorado» como lo describe el autor? ¿Cuál sería una mejor manera de pensar en Jesús y en el impacto que Él debería tener en nuestras vidas?

6. ¿Qué cosas acerca de las bienaventuranzas lo hacen un buen resumen de cómo debe ser una vida bajo el mandato de Dios? ¿Qué dice cada una de las bienaventuranzas acerca del reino de Dios? ¿Cómo se complementan entre sí?

